

dió el exceso, y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Quadrillas de paisanos que venian á rendirse.

Vinieron aquella noche diferentes quadrillas de paisanos, poco menos que difuntos, á dar su libertad por el sustento: y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inutil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos; y Hernan Cortés (que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos) ordenó que se les diese algun refresco, para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Dexanse ver los enemigos en las calles.

Por la mañana se vieron llenas de Mexicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido, para defender la última retirada: y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta, porque deseaba repetir la instancia de la paz: teniendo entonces por verisímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo menos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos, unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embaxada tres ó quatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin esperanza de que hacia fuerza la proposicion; porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Repite Cortés la instancia de la paz.

Era el distrito que ocupaba Guatimozín con sus nobles, ministros y militares un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco del Tlatelúco, tenian cerradas todas las avenidas con una circumbalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina, que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda, que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el parage que desamparó el enemigo: y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos, y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar: y se conoció que tenian ellos la misma orden, porque baxaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Distrito que ocupaba Guatimozín. Fortificaciones con que le aseguraban.

Reconoce las Cortés, y halla señas de paz.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Ponianse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo, pa-

Esfuerzos de los sitiados para ocultar su necesidad.

ra que se creyese que les sobraba el bastimento: y salían de quando en quando algunos Capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los Españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Piden batalla singular con algun Español.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafio: y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: „Que truxese otros diez como él, y permitiria que pasase á batallar con todos juntos aquel Español:” señalando á su page de rodela. Conoció el Indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con mayor insolencia: y el page, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y sería de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen: y pasando como pudo el foso, cerró con el Mexicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda heri-

Arrogancia con que la pidió un Mexicano.

Lo que le respondió Cortés.

Matale Juan Nuñez de Mercado su page.

da, cayó muerto á sus pies. Accion, que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido: y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces; y ciñendole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dexó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del ejército.

Honrale Cortés.

En los tres ó quatro días que duró esta suspension de armas, hubo freqüentes conferencias entre los Mexicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos: y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su Rey; pero aquellos sacerdotes inmundos, que votaban mandando, como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el vando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos: por cuyo medio encendieron los ánimos, haciendolos partícipes de su furor, con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas: y Guatimozín lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que antes de romper la tregua, saliesen todas las pira-

Conferencias de los Mexicanos sobre la paz.

Resuelven volver á las armas.

Prevencion de piraguas y canoas enemigas.

guas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada, caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Executóse luego esta orden: y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna; y él conoció luego que hacian aquella prevencion los Mexicanos para escapar con la persona de su Rey, dexando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por General de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiáse á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida: y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la orden para defenderse, y antes que llegáse la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusieronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo: porque al experimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella fragil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro: y segun parece, avisaron de él á Guatimozín; porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Sale Sandoval con todos los bergantines.

Asalta Cortés las fortificaciones del enemigo.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su Príncipe: y con esta permission se presentaron á la otra parte del foso quatro Mexicanos en traje de ministros, los quales (hechas con afectada gravedad las humillaciones de su costumbre) dixeron á Cortés: „ Que la magestad suprema del poderoso Guatimozín, su Señor, los habia nombrado por tratadores de la paz, y los enviaba para que oyendo al Capitan de los Españoles, volviesen á informarle de lo que se debia capitular en ella.” Respondió Hernan Cortés: „ Que la paz era el único fin de sus armas; y aunque pudieran ellas dar entonces la ley á los que tardaban tanto en conocer la razon, venia desde luego en abrir la plática, para que se volviese al tratado. Pero que materias de semejante calidad, se ajustaban dificultosamente por terceras personas: y así era necesario que su Príncipe se dexáse ver, ó por lo menos se acercáse con sus ministros y consejeros, por si hubiese alguna dificultad que necesitáse de consulta, puesto que se hallaba con ánimo de venir en quantos partidos no fuesen repugnantes á la superior autoridad de su Rey; á cuyo fin le ofrecia con empeño de su palabra, (y añadió la fuerza del juramento) que por su parte, no solo cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obsequio todas las atenciones que mira-

Vienen Mexicanos á proponer la paz.

Su proposicion.

Respuesta de Cortés.

Que se dexé ver su Príncipe.

„sen á la seguridad y al respeto de su persona.”

Retiraronse con este mensaje los Enviados, satisfechos, al parecer, de su despacho; y volvieron aquella misma tarde á decir: „Que su Príncipe vendria el dia siguiente con sus criados y ministros á escuchar desde mas cerca los capítulos de la paz.”

Ofrece Guatimozín acercarse.

Era su intento escapar de la ciudad.

Vienen Mexicanos á entretener la plática.

Conoce Cortés, y siente la burla.

Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos, hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones, para executar la retirada que ya tenían resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos Enviados, suponiendo que no podía venir Guatimozín hasta otro día, por un accidente que le habia sobrevenido. Alargóse despues el plazo con pretexto de ajustar algunas condiciones en orden al sitio y á la formalidad de las vistas; y ultimamente se pasaron quatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernandose por el estado en que se hallaban: tanto, que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozín; y quando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviendose de la cólera para ocultar su desayre, y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

CAPITULO XXV.

INTENTAN LOS MEXICANOS retirarse por la laguna. Pelean sus canoas con los bergantines, para facilitar el escape de Guatimozín: y finalmente se consigue su prision, y se rinde la ciudad.

Legó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozín, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mexicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés: y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fue acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Movieronse al mismo tiempo las canoas enemigas, en que venian los nobles, y casi todos los Cabos principales de la plaza; porque trahian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su Rey entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo executaron, acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los

Sandoval reconoce la fuga.

Acércase á las embarcaciones enemigas.

Acometen á los bergantines.